

## EXAMEN DE LIBROS

### NUEVOS ESTUDIOS SOBRE LA INVASIÓN NORTEAMERICANA A PUERTO RICO EN 1898

LETICIA BOBADILLA GONZÁLEZ

UNAM

La conmemoración del centenario de la invasión a Puerto Rico por las fuerzas norteamericanas, el 25 de julio de 1898, propició la publicación y reedición de una serie de estudios que invitan a la reflexión objetiva de tan significativo evento. Obras pequeñas, elaboradas por destacados historiadores puertorriqueños como Fernando Picó y Edgardo Pratts, dan testimonio de aspectos sociales relevantes ocurridos durante la mal llamada —para algunos historiadores— guerra hispano-americana.<sup>1</sup> Las modestas ediciones aparecidas en 1998 invitan a un viaje de retorno a los escenarios del 98 puertorriqueño. Conoceremos las obsesiones por la higiene pública de los militares norteamericanos designados en campaña, las trincheras de Aibonito, lugar de resistencia a la invasión, numerosos testimonios periodísticos, informes militares sobre partidas de “tiznados” —rebeldes primitivos, diría Eric Hobsbawm—, expedientes de procesos civiles y militares, sin descartar diversas fotografías inéditas que son ya de por sí un atractivo para emprender este viaje. Por la naturaleza de sus investigaciones, Fernando Picó señala que se debe prestar mayor atención a los fenómenos colectivos para auscultar las aspiraciones, percepciones, ansiedades y reivindicaciones de poblaciones que corren el riesgo de permanecer ignoradas por la historiografía política y social tradicional. En su obra *1898: La guerra después de la guerra* (Río Piedras, Puerto Rico, Huracán, 1998,

<sup>1</sup> La guerra hispano-norteamericana ha sido designada de diferentes maneras. En la historiografía española se le conoce como “El 98”, “Guerra hispano-americana”, “El desastre” o simplemente “La derrota”; mientras que en la historiografía norteamericana se le designó “Espléndida guerrita” (Splendid little War) o “Spanish-American War”; y la historiografía cubana considera que debe llamarse guerra hispano-cubano-norteamericana.

215 p.) el autor se plantea una cuestión esencial: ¿Cómo era Puerto Rico antes de la invasión norteamericana de 1898? La precariedad de las bases económicas del Puerto Rico agrario de los 1890 se reflejó plenamente en las condiciones de vida de las masas. En los centros urbanos había hospitales, médicos y farmacias, mientras la vasta mayoría de la población rural dependía de los servicios de los curanderos que con su medicina herbal tradicional atendían numerosas dolencias, como la tuberculosis, anemia, tifoidea y malaria. Pero el grado mayor de deterioro en las condiciones de vida de los trabajadores se hizo evidente en las zonas cafetaleras de Utuado, en donde las tasas de mortalidad fueron altas. El estereotipo elaborado por los sectores dominantes peninsulares sobre el "jíbaro" indicaba que éste era "analfabeta, mestizo, supersticioso e indolente, caprichoso, taciturno y propenso a la violencia inesperada, debía ser reducido una vez por todas al régimen de trabajo asalariado".<sup>2</sup> Los sectores criollos autonomistas fueron más "condescendientes" al considerarlo "ignorante pero educable... más víctima de su ignorancia que responsable de su suerte, el jíbaro anémico era el lastre que retardaba el progreso del país". Según las fuentes utilizadas por Picó, en el momento de la invasión del 25 de julio de 1898, el barco *Gloucester* lanzó una andanada de metralla sobre la tranquila población de Guánica, para después mandar una lancha con treinta marinos, quienes arriaron la bandera española en el puesto de aduana no antes del intercambio de fuego con escasos voluntarios que defendían los alrededores del puerto y donde se levantó una barricada de alambre de púas al final de la única calle de Guánica. Nelson A. Miles, comandante general del ejército norteamericano, con sus 59 años a cuestas, ordenó a los voluntarios del 60. regimiento de Massachusetts y al 60. de Illinois, desembarcar y esperar los pertrechos militares. Yauco fue ocupado sin dificultad el 27 de julio. Los invasores se dirigieron de Guánica a Ponce por mar y las fuerzas españolas se retiraron precipitadamente por la carretera central. Para Fernando Picó, los españoles habían tomado la decisión crucial de la guerra si no intervenía antes el armisticio que ya todos esperaban: la gran batalla del Asomante.<sup>3</sup> La versión periodística que prevaleció y que fue inicialmente difundida por la Associated Press decía que la invasión había resultado un *picnic*, una *fête de fleurs* (fiesta de flores), porque los puertorriqueños habían acogido con entusiasmo

<sup>2</sup> Fernando Picó, *op. cit.*, p. 39.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 40.

a las tropas que iban a liberarlos del yugo español. Los españoles, reconociéndose sin apoyo, se retiraron entonces a posiciones atrincheradas en las montañas de Aibonito y Guayama. En la versión de la "fiesta de flores" el éxito de la invasión se debió al concurso de los criollos y a la debilidad de las fuerzas españolas, más que al empuje del ejército federal; los norteamericanos lograron avanzar fácilmente, con ayuda de la población puertorriqueña que les indicaba rutas, les proveía abastecimientos y les facilitaba lugares para acampar. Todo esto era difundido por el corresponsal de guerra norteamericano Richard Harding Davis durante la primera ola de la invasión. Él mismo se aprestó a preparar una publicación sobre sus experiencias de guerra, en la que dio el crédito a Miles y a la oficialidad por el éxito de la invasión puertorriqueña. Sin embargo, existen versiones de soldados norteamericanos que ponen en duda esta "fête de fleurs".<sup>4</sup> Picó refiere que algunos soldados que participaron en las marchas y contramarchas de la campaña tenían otra versión. Para ellos la organización militar había sido criminalmente deficiente, "La falta de suministros adecuados, la lentitud en las operaciones de desembarco en Arroyo, la negligencia en los servicios de salud, la insistencia en que se utilizaran uniformes pesados en el trópico en verano, las comunicaciones lentas y las marchas inútiles marcaron la campaña militar en Puerto Rico".<sup>5</sup> Y es notable que el regimiento 3o. de Illinois no perdiera un solo hombre en acción y en cambio sí sufriera numerosas bajas por tifoidea.<sup>6</sup>

La experiencia de las tropas regulares y voluntarias que reemplazaron a los regimientos de Illinois, Wisconsin, Ohio, Massachusetts y Pensilvania a partir de septiembre de 1898 fue difícil. En algunos puntos de la isla las relaciones entre militares y civiles pasaron por un difícil periodo de ajustes. Por ejemplo, en Ponce y Mayagüez se pudo constatar el deterioro de las relaciones por el número de acciones disciplinarias aplicadas contra soldados que habían ocasionado agravios y daños a civiles; soldados borrachos, adictos a la heroína en algunos casos e indisciplinados en su mayoría. Los incidentes entre civi-

<sup>4</sup> Para Fernando Picó, los jóvenes profesionales educados en los Estados Unidos y Europa, los comerciantes y terratenientes criollos más impacientes con el régimen político español y los sectores populares con conflictos laborales y sociales con sectores dirigentes tenían razones distintas para desear un cambio en el orden político, pero la coyuntura los reunió y compartieron el gesto de bienvenida a los norteamericanos y el ademán de rechazo a los españoles. *Ibid.*, p. 78.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 67.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 70.

lës y militares fueron frecuentes en Ponce, pues en sus alrededores acampaba un fuerte contingente de tropas que acudían durante la noche a bares y casas de citas de la ciudad. Mientras los oficiales se comunicaban con la mayoría de los puertorriqueños por medio de intérpretes que cobraban hasta 60 dólares mensuales, los soldados rasos tenían que proveerse de sus propios intérpretes para su trato con los civiles y con frecuencia utilizaban a los niños para estos fines, pero la imposibilidad de comunicarse fácilmente con palabras podía ocasionar que los malos entendidos, a veces bajo los efectos del alcohol, se resolvieran a puños o a cuchilladas.

Respecto a las “partidas sediciosas”, Picó establece los orígenes de este fenómeno antes de la invasión norteamericana, y resulta novedoso saber que los llamados “tiznados” fueron cuadrillas o partidas que asaltaban las fincas y tiendas aisladas en el campo. Con el comienzo de la guerra y la reconcentración de las guardias rurales en las cabeceras municipales se recrudeció el problema del orden institucional en el campo. Entonces la opinión pública atribuyó los robos de cuadrillas a la grave crisis económica del país —causada por el bloqueo norteamericano del comercio— y a la inseguridad prevaleciente. La incertidumbre desalentaba las inversiones en la agricultura y, por consiguiente, el empleo de jornaleros. Hasta hubo partidas al servicio de los invasores, tal como consta en la correspondencia del general norteamericano Guy V. Henry, quien envió desde Guánica un memorando al ayudante general Gilmore el 28 de julio de 1898, en donde señalaba que varios habitantes de las montañas habían bajado ese día a Yauco para ofrecer sus servicios al ejército norteamericano, como soldados y guías. También las partidas auxiliares de los españoles hicieron acto de presencia. Tal es el caso de Ciales, donde las autoridades militares españolas habían abandonado el pueblo. Al otro día del armisticio, el 13 de agosto, dos partidas de criollos ocuparon el pueblo e izaron la bandera norteamericana en el ayuntamiento. Una partida de voluntarios auxiliares de las fuerzas españolas vino de Manatí en la tarde del 13 de agosto a recuperar Ciales. De la confrontación armada de ambos bandos, los cialesños salieron mal parados. Del tiroteo y de la actividad de ocupación del pueblo resultaron ocho muertos.<sup>7</sup> ¿Y las partidas de independentistas? Según el autor, no existieron, pues la documentación consultada del periodo transcurrido entre la invasión del ejército norteamericano el 25

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 91.

de julio y la instalación del gobierno militar norteamericano en San Juan el 18 de octubre de 1898, no le revelaron al autor actividad de ninguna partida cuyo propósito manifiesto haya sido la independencia de Puerto Rico, ni siquiera la gestión de José Maldonado *Águila Blanca*, de quien el autor opina y presenta como un simple bandido con un singular historial de robos.<sup>8</sup>

Para Picó las famosas partidas de "tiznados" surgieron como un intento de revancha contra la necesidad de alimentos de los campesinos y de los trabajadores en la zona de la Cordillera. Estas partidas acudieron a los agricultores y a los comerciantes de la zona en solicitud de alimentos, pero la partida no se comportaba pacíficamente. La mayoría de las veces mataba y comía reses en descampado o se apoderaba de las reservas de arroz y harina de maíz de la tienda de raya sin permiso. Después de proclamado el armisticio, las partidas organizadas con propósitos militares por lo general se desbandan y en su lugar se dan las partidas nocturnas en donde los participantes se cubren el rostro o se tiznan de carbón las facciones a fin de no ser reconocidos. Para los "tiznados" no fue tanto la búsqueda de suministros para el sustento de sus miembros lo que motivaba sus operaciones, sino la revancha política o económica. En una entrevista realizada en 1986, Carmen Bauzá González, hija de un propietario, refiere que los "tiznados" golpeaban las puertas, tiraban piedras y amenazaban prenderle fuego a la casa si no se les franqueaba la entrada. La mayor parte de las veces el jefe de la casa abría la puerta y algunos miembros de la partida entraban, ataban y vigilaban a los varones mayores de edad, instruían a las mujeres para que permaneciesen en sus cuartos y procedían al saqueo. En algunos casos hubo agresiones corporales al hacendado o a su administrador. Pero el asunto de las partidas no llegó aquí, Picó amplió el campo de su investigación y tipificó las partidas (de octubre de 1898 a febrero de 1899) como las relacionadas con la cosecha de café, las partidas y el comercio rural, las partidas y el ganado, y las partidas en el área cañera. También expone casos de extorsión, asesinatos y homicidios, la reacción de los hacendados, la opinión pública y las partidas, las partidas y los partidos, los militares norteamericanos y las partidas, y concluye exponiendo el perfil de los oficiales en la zona de las partidas. Este último tema conformará un nuevo libro aparecido también en 1998, titula-

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 145. Véase el cap. V, sobre José Maldonado, *Águila Blanca*, y las referencias del expediente penal resumido en el periódico *La Democracia*.

do *Cada Guaraguao... Galería de oficiales norteamericanos en Puerto Rico (1898-1899)* (Río Piedras, Puerto Rico, Ediciones Huracán, 1998, 128 p.). Esta investigación aborda el caso de siete oficiales norteamericanos desde las comandancias militares de Aguadilla, Aibonito, Arecibo, Lares, Utuado y Yauco. La galería de oficiales es una galería de obsesiones de los militares hacia la pobreza e inmundicia, en donde es elocuente el racismo de algunos soldados norteamericanos que fueron apedreados por la población civil. En los informes a sus superiores sobre la situación local, descubrimos las percepciones de los militares norteamericanos sobre el pueblo de Puerto Rico de 1898-1899. El 98 puertorriqueño de los militares norteamericanos se descubre lleno de obsesiones: por la higiene pública de Homer W. Wheeler y su tendencia a construir letrinas,<sup>9</sup> la recolección de desperdicios y la aplicación masiva de vacunas contra la viruela; o Charles A. Vernou en Yauco y su obsesión por encerrar a personas con problemas mentales. En carta a sus superiores en Ponce, Vernou escribió:

Respetuosamente llamo la atención al hecho de que hay un número grande de personas en este y otros pueblos bajo mi mando que son de mente enferma. Se les permite estar sueltos. Las autoridades locales no tienen lugares para cuidar propiamente de ellos y no se dispone de ningún medio de atenderlos. Es inseguro para ellos estar sin ninguna protección, ya que no siempre se sabe que están en esa condición. Nuestros hombres, al tener poca familiaridad con el idioma pueden resentir acciones de su parte por las que esta pobre gente no es responsable. Se debe pedir a las autoridades que traten adecuadamente estos casos.<sup>10</sup>

Como bien plantea Picó, en este caso el remedio no era que sus soldados aprendiesen español, sino que se encerrase a aquellos cuyo comportamiento no era entendido por los soldados. El mismo Vernou dispuso penalidades contra quienes aplicaban un maltrato a los animales, suspendió el uso de las garrochas con aguijón para el manejo de las carretas de los bueyes y el abuso de carga en las mulas; es decir, la crueldad contra los animales fue un objeto de atención militar. En el mismo Yauco el capitán Vernou desplegó un ambicioso plan de embellecimiento urbano y lo puso en práctica con un comité de personas adineradas.

<sup>9</sup> Fernando Picó, *Cada Guaraguao... Galería de oficiales norteamericanos en Puerto Rico (1898-1899)*, Río Piedras, Puerto Rico; Ediciones Huracán (1998, 104-105).

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 113.

Algunas de las mejoras iniciadas por tan generoso capitán para la población puertorriqueña fueron la siembra de árboles y jardines, el ensanchamiento de calles, la remoción de escombros, la instalación de alumbrado público y el arreglo de la plaza. Los oficiales norteamericanos reconstruyeron de manera distinta lo que era puertorriqueño, ya que creían que la población debía ser rescatada de las instituciones españolas "para poder encontrar su felicidad en la americanización". Fernando Picó concluye en este trabajo que los militares no tenían ni el bagaje cultural ni la inclinación intelectual para plantearse las paradojas adyacentes a sus ejecutorias. Para la vida de los pueblos, el periodo del gobierno militar tuvo consecuencias tanto predecibles como inesperadas. En la vida política fue un retroceso el hecho de padecer la crasa intervención militar en las decisiones cotidianas de los ayuntamientos: fue mal negocio para la república libertaria convertirse en potencia imperial. Negocio lucrativo, sin lugar a duda, negocio ventajoso para muchos intereses de la nueva potencia industrial, pero que constituía una negación de su ideario primitivo, de su concepción de una comunidad de iguales.<sup>11</sup> Sin lugar a dudas, las reflexiones y la información presentadas por Fernando Picó en ambos libros contribuyen a la desmitificación de personajes, percepciones y posturas muy socorridas por la historiografía puertorriqueña sobre el fenómeno de la guerra de 1898. Es importante considerar la percepción de los invasores a partir de la correspondencia militar, que nos permite apreciar el fenómeno desde una óptica poco conocida y bastante enriquecedora para comprender su papel en ese momento de la historia de Puerto Rico y, por ende, a la sociedad a que se enfrentaron.

Por otra parte, el historiador puertorriqueño Edgardo Pratts en su libro *Aibonito en 1898. En la última trinchera: La Batalla del Asomante* (Puerto Rico, Asomante, 1998, 42 p.), aborda un episodio de la guerra hispanoamericana en Puerto Rico, la batalla del Asomante del 12 de agosto de 1898. En ella, las fuerzas españolas y voluntarias al mando del capitán puertorriqueño Ricardo Hernaíz hicieron retroceder a las tropas del comandante norteamericano Lancaster. Aibonito era un pueblo ubicado en las montañas de la cordillera, en donde el general español Romualdo Palacios, gobernador militar de la isla de Puerto Rico en 1887, había establecido sus cuarteles porque desde ahí dominaba las ciudades de Juan Díaz y Ponce, cuna de liberales y autonomistas. Desde aque-

<sup>11</sup> *Ibid.*, pp. 124-125.

lla época, en el gobierno del militar español, Aibonito vivió un episodio de persecución y tortura contra quienes luchaban por despertar la conciencia nacional puertorriqueña. Según Pratts, Romualdo Palacios veía en cada criollo liberal y autonomista un traidor potencial, un ente de sedición y rebeldía merecedor de un trato especial para “componerlo”. Esta palabra del vocabulario de los cubanos describía la política de “corregir” o “enderezar”. Se “componteaba” a los acusados sometiéndolos a innumerables torturas. Edgardo Pratts pretende demostrar en este libro que en Puerto Rico hubo resistencia a la invasión norteamericana y que no se trata de promover la tesis de invasión por “invitación”, ni siquiera pensar en la idea de *picnic*, sino de retomar el caso de la resistencia de Aibonito como hecho ejemplar para sacar del olvido ese suceso que el autor califica como “heroico”. Lo novedoso de este libro, me parece, son las fotografías que el autor presenta de su colección particular, interesantes y conmovedoras. Trabajos como el de Fernando Picó y Edgardo Pratts ocupan ya un lugar destacado en la nueva historiografía puertorriqueña. Ambos son un verdadero viaje que no debemos perdernos al Puerto Rico de 1898.